

## **Cuando el dólar respira: la economía como fenómeno vivo**

Por Iván Darío Hernández Umaña, Académico de número de la Academia Colombiana de Ciencias Económicas

En los titulares, el dólar “cayó”. Pero los sistemas vivos no caen: respiran.

Suben y bajan en movimientos rítmicos, producto de pulsaciones colectivas que no obedece a una sola causa. La reciente apreciación del peso colombiano —mientras el mundo aún digiere la incertidumbre geopolítica y los recortes de tasas de la Reserva Federal— no es una simple reacción a una variable aislada. Es un fenómeno emergente, nacido de la interacción entre decisiones humanas, expectativas institucionales y climas emocionales que se entretejen a diario.

La narrativa dominante intenta explicar todo con fórmulas: que si las remesas, que si las exportaciones, que si el Banco de la República mantuvo las tasas.

Pero reducir el dólar a una ecuación es como reducir una orquesta a una sola cuerda.

El mercado cambiario es un espacio de resonancia, donde se cruzan el ritmo de la política, la melodía de la confianza y los silencios del miedo. Cuando uno de esos elementos cambia de tono, el conjunto entero se reacomoda.

Por eso, hablar del precio del dólar como “síntoma” es quedarse corto. Lo que emerge en su comportamiento es la respuesta adaptativa de un ecosistema económico que busca equilibrio. Los analistas leen los números; pero el valor real se cocina en el subsuelo simbólico: en la credibilidad de las instituciones, la estabilidad de las reglas, la coherencia de los liderazgos, la confianza de quienes invierten y consumen. Cada agente, al actuar, influye sobre todos los demás.

La economía no se mueve por decreto, sino por contagio de expectativas.

En esa trama, la caída del dólar puede interpretarse como una exhalación del sistema: una pausa, un respiro de estabilidad después de años de agitación. Pero el peligro es creer que esa calma es definitiva. En los sistemas complejos, los equilibrios no se imponen: emergen, y por eso son frágiles. Una frase del presidente de la Reserva Federal, una elección incierta o una crisis de confianza pueden alterar el flujo de aire y devolvernos al vértigo.

De ahí la importancia de cambiar el lente.

Si seguimos mirando la economía con los ojos del mecánico —buscando arreglar piezas sueltas—, seguiremos ignorando los procesos de aprendizaje que los sistemas realizan por sí mismos. El enfoque emergentista nos invita a observar cómo las relaciones, no las cosas, son las verdaderas productoras de estabilidad. En el caso del dólar, lo relevante no es solo cuánto vale hoy, sino qué formas de coordinación social lo sostienen y qué nuevas están emergiendo.

En el fondo, el comportamiento de una moneda es también un espejo de lo que un país cree de sí mismo. Cuando la confianza interna aumenta, el peso se fortalece no por milagro, sino porque el sistema deja de defenderse y comienza a cooperar. Y cuando esa confianza se erosiona, ninguna tasa ni plan de choque logra mantener el valor de la divisa.

El dólar, entonces, no es un enemigo externo: es un termómetro emocional colectivo.

Quizá, más que preguntarnos por qué baja, deberíamos preguntarnos qué nos está diciendo.

Tal vez esté anunciando que Colombia empieza a coordinar, con cierta madurez, sus pulsaciones entre política, ciudadanía y economía. O tal vez solo esté tomando aire antes de otro sobresalto.

En cualquier caso, conviene escucharlo no como un número, sino como un pulso del cuerpo social.

Porque en los sistemas vivos —como en los países— lo importante no es evitar el movimiento, sino aprender a respirar con él.